

Queridos amigos,

Tras 20 días pasados por tierras mexicanas, heme aquí, otra vez en Italia, preparado para contaros todo lo que vi.

Esta vez, antes de empezar directamente con el cuento, necesito una pequeña introducción, para que todos se den cuenta de cómo organizamos este viaje y de cómo algunos mexicanos se comportaron con nosotros.

Bueno, eso dicho, ¡¡ya vamos!!

I N T R O D U C C I O N

La idea de ir a México me nació hace muchos años, en el 1995, tras leer el resumen de viaje de una amiga mía de Malasia, que se fue allá de vacaciones. Además, ya a partir del año anterior me había estado escribiendo con una chica de Monterrey, México del Norte, y gracias a ella empecé a conocer la situación de su País, y a entender como iban las cosas política y económicamente; ella me hablaba del ex presidente Ernesto Zedillo Ponce de León, y, por supuesto, de su propia vida.

El año pasado decidí ir a Perú, pero estuvimos pensando en México también, y para ese año la idea inicial era ir a Monterrey, por supuesto con Giovanni, para luego visitar Yucatán y todo el sur, juntos con Patty y su hermana.

En realidad, las cosas se complicaron más y más, porque los padres de mi amiga no las iban a dejar venir con nosotros, y al final optamos por ir antes al sur, sin ellas, y luego ir al norte para conocerlas.

A finales de diciembre instalé ICQ para empezar a tomar contacto sobre todo en Yucatán y preguntar lo que valía la pena ver en dos semanas, ya que este País es enorme y no es fácil hacerlo todo en tan poco tiempo.

De esa forma, a parte conocer personas muy interesantes cerca de Milán (ya que estaba conectado, ¿por qué no aprovechar y mirar también en casa?), me puse en contacto con tres personas de Mérida, o sea Yaramy y Olivia, y Sari; la ciudad iba a ser nuestro punto base de que ver varias zonas arqueológicas interesantes, y como aeropuerto para nuestros vuelos internos.

Entre yo, Giovanni, Yaramy y Olivia nace una amistad muy bonita, a pesar de que todo sea a través de un ordenador, y tras un par de meses estas chicas nos ofrecen un piso, para que no paguemos un hotel. Además, nos dan un montón de informaciones sobre la ciudad, lo que hay que ver en Yucatán, los horarios de los buses, así que empezamos a planear un tour que comprenda todo y que nos permita llegar a Mérida a tiempo para festejar el cumpleaños de Yaramy, el 6 de agosto.

Mientras tanto, en el Norte las cosas no siguen tan bien como deberían. De hecho, Patty ya no escribe, y cuanto más se acerca la fecha de nuestro encuentro, y más ella parece casi evitarnos. Llegamos a un punto de arrepentirnos por haber comprado el billete, pero no podemos hacer nada (ya que no es reembolsable), aunque, previendo lo que podía pasar, ya habíamos

reducido el número de los días de estancia en Monterrey de 7 a 3, para usar los demás días para ir a Ciudad de México, ya que Giovanni, en los meses anteriores, había conocido en Italia una chica de aquella ciudad y ahora su familia lo invitaba a su casa.

Pocos días antes de salir, intento como un desesperado encontrar piso en Monterrey para ni ir a casa de Patty, debido a su silencio y total falta de interés hacia nosotros. De esta forma, queremos ahorrarnos un poco de pasta ya que Monterrey es una ciudad muy cara, a parte Cancún, y entro en contacto con Liliana, que tiene que mudarse a Ciudad De México unos días después y que me promete que nos veremos allá para salir de copas; y Martha, que, tras hablar con sus amigas, encuentra un piso y me dice que no hay problema y que simplemente tendremos que llamar unos días antes para tener la dirección exacta y para quedar con ellas.

Todas estas personas jugarán un papel en nuestras vacaciones a veces positivo, a veces negativo, a veces nulo.

V I A J E

Viernes, 28 de julio, Giovanni llega de Bologna a mi casa de Milán, ya que el avión sale de Malpensa lunes, el 30, y además tenemos una cita con nuestras amigas españolas para despedirnos el sábado 29.

Viene el sábado, y nos ponemos de acuerdo para quedar cerca de los Navigli con ellas a las 8 de la tarde. Cuando llegamos allá, nos quedamos esperándolas como dos tontos durante casi una hora y diez minutos, antes de recibir una llamada al móvil y enterarnos de que nuestras queridas amigas acababan de llegar a Milán, que iban al hotel, que iban a hacer unas cosas y que podían alcanzarnos tan sólo sobre las 10.

Nos parece demasiado, nos parece que pasan un poco de nosotros y que simplemente hacen lo que le da las ganas, y decidimos dejarlas colgadas vamos a comer sin ellas, por nuestros asuntos, y no aparecemos en el lugar establecido (lugar al que llegarían a las 10.40, con mas de 2 horas y medio de retardo).

Al día siguiente, por fin contesto a sus llamadas y charlamos durante una buena hora al final, la causa de tantos problemas fue cambiar unos zapatos... es que según ellas, no les pareció muy importante avisarnos, a pesar de que hubiesen perdido el tren y de que tuviesen dos móviles allá, con ellas. Llevaba mucho tiempo sin enfadarme en español por teléfono, pero la cosa me pareció muy fuerte como para callarme.

Después de un "tranquilo" fin de semana, a las 5 de la madrugada del lunes nos preparamos para la salida el vuelo de British Airways, con rumbo Milán-Londres-Cancún, nos espera a las 8.15, y en el check-in hay un montón de gente que quiere despegar. 30 minutos de cola para tener nuestro pase, y luego nos lo tomamos con calma, con demasiada calma. Al final, casi tenemos que correr para no perder el vuelo, entramos en el chequeo no-UE de los pasaportes para ganar tiempo, y ya, estamos en el avión, un moderno 777 con las pantallitas tipo

Continental Airlines, aunque el sistema de entretenimiento OMNIA sólo ofrece películas, sin los juegos interactivos como el otro.

Nos sentamos en un lugar muy malo porque el aire acondicionado llega muy fuerte de la ranura, puesta justo por encima de nuestras cabezas, y hace un frío impresionante; la pequeña manta que nos dan no sirve de nada, pedir tres veces que suban la temperatura no da ningún éxito y nos sentimos como los osos del Polo Norte. Así será durante 8500 kilómetros, 11 horas de vuelo.

Poco antes de aterrizar, nos entregan el típico papelito para los inmigrantes, muy fácil de rellenar y que, de todas maneras, tengo que volverlo a pedir a causa de los errores que logro poner. Creo que fui el único en todo el avión, ¡unas 400 personas!

Por fin llegamos a Cancún, protegidos por el Señor ya que las mexicanas cerca de mí se hacen el signo de la cruz a la salida, y también poco antes de llegar. La salida es horrible, pasamos de los 21 grados del avión a los 29 húmedos de la ciudad y nos secamos al instante, como si el calor nos quemara y nos quitara el aire. Tras tres metros, escuchamos la primera frase en español, pronunciada por un policía a su colega "...con toda la calma del mundo!". Bienvenidos en México! Rápido enfrentamiento con el primer cajero automático que encuentro, y con 42.000 ptas saco unos 2000 pesos. Digo "unos" ya que, como en todo el Sudamérica, el cambio se refiere al dólar (9 pesos por un dólar americano) y ya sabemos que la moneda estadounidense varía bastante. Al final, podemos decir que un peso son unas 12 pesetas españolas.

Cancún es demasiado cara para nosotros, y además no hay mucho que ver, a parte hoteles, hoteles y hoteles, así que nuestra primera etapa es Tulúm, a unas dos horas de la capital del Estado federal de Quintana Roo. Tomamos asiento en un bus (un "camión", como los llaman los "mejicanos"), feo e incómodo, para evitar que nos chupen 35 dólares con los taxis oficiales, y llegamos al terminal de los autobuses ADO, la empresa líder en México.

Por mala suerte, tenemos que esperar casi dos horas antes de encontrar un camión que nos lleve a Tulúm, y conocemos la primera mexicana Berenice, de 7 meses, y luego su mamá.

Hace calor, y no se ve un panorama de gente tirada al suelo como en Perú todo es más moderno, siempre pensando en el estándar suramericano, y la gente parece acostumbrada a los turistas, porque prácticamente nadie nos hace caso.

La carretera hacia nuestro destino es bastante monótona, toda recta (derecha, como dicen los mexicanos) a través de kilómetros y kilómetros de selva, y llegamos a nuestra meta que ya son las nueve de la noche. Es muy oscuro ya, y el camión nos deja en la calle, dejados a nosotros mismos, sin ni saber exactamente dónde estamos. Nos acercamos a un hotel, que nos pide un montón de dinero y que de todos modos está completo, y nos aconsejan entonces el "Rancho Tranquilo", más allá de un puente que cruzamos con el corazón a tope por causa de la total falta de faroles, mientras los grandes "trucks" americanos y mexicanos nos pasan a milímetros de distancia a toda velocidad y nos imaginamos en cada sombra espantosas figuras listas para asaltarnos. Sin embargo, todo sigue tranquilo, porque en realidad lo más bonito aun tiene que

pasar en Tulúm, los hospedajes más usados son las "cabañas", en paja y ladrillo como en África, y la que el dueño nos propone es espantosa. Es un tugurio, con dos colchones enrollados por redes contra los mosquitos (moscos, así se llaman en México) pero todas rotas (o, mejor dicho, "quebradas"), con un ventilador negro por el uso, con un cierre casi inexistente.

Tras una muy breve ducha, bien mirando en dónde poner los pies y las manos, vuelvo a mi cama y al levantar mis pantalones cortos veo moverse un insecto enorme color naranja, que de una forma u otra logramos alejar. Encontramos, con no poca fatiga, la vía para entrar al colchón y nos vamos a dormir, un poco sospechosos. Todo eso, por 1.500 pesetas a cabeza.

Al día siguiente vamos a visitar las ruinas, de verdad preciosas porque construidas a la orilla del mar y de la barrera coralina, y tocamos el agua del mar del Caribe. Nos guía una señora que hasta habla italiano, así que aprendemos un montón de cosas sobre esta zona; por ejemplo, todas las referencias a los equinoccios y a los solsticios de algunas de las aberturas presentes en los edificios del sitio, el sol aparece exactamente en el ocaso del 21 de septiembre o del 23 de junio, y la gente viene para asistir a este espectáculo cada año. Por la tarde, nos transferimos a Cobá, con los camiones Mayab, después de haber dejado con una excusa las maletas en nuestro tugurio, y entendemos entonces que cada una de las pirámides que iremos a visitar es totalmente diferente de las demás, según la generación que las construyó (estilo Puuc, o Chenes, u otro). Aquí por ejemplo encontramos la construcción más alta de Yucatán, el "Nohoch Mul" (la gran muralla, en maya), con una escalera de 42 metros de altura y estrechísima. Subir es un cansancio, pero la vista de que se disfruta es maravillosa, la selva inmensa, las altas pirámides alrededor parecen unas islotas esparcidas aquí y allá como unos salva gentes naturales; bajar es arduo, las escaleras son muy inclinadas y altas, y en cuanto llego a tierra tengo calambres, pero miro atrás y veo a la gente mientras baja de sentada agarrándose a la estructura como puede por miedo de deslizarse. Leería más tarde en mi guía que una vez al año un turista tropieza y precipita al suelo, ¡y eso no me sorprende para nada!

Volvemos a Tulúm, recogemos las maletas tras volver loco al chofer (¡váyase por allá, no, por aquí, mejor en la terminal de los autobuses, pues no, directo al hotel!) y cogemos (mejor dicho, "tomamos, agarramos") otro autobús, esta vez de Riviera. Una vez más, llegamos que ya es de noche, pero tenemos que hacer estas tiradas para llegar el 5 de agosto a Mérida y para intentar evitar dormir una noche más en Tulúm; además los buses salen a horarios muy inusuales y con muy poca frecuencia, y eso no nos ayuda mucho.

Llegamos por fin, y vamos al Hotel María Dolores, tal vez el lugar mejor que encontramos a lo largo de todas nuestras vacaciones. El ventilador es un poco ido, hay un regulador estilo años 60, en plástico blanco-amarilleado, y hay 6 posiciones posibles, de 0 a 5. Ya está en la 3, pruebo la 2, la 4, la 5 y no cambia nada, así que nos conformamos con dormir en el calor.

Aun no tuvimos la oportunidad de conocer a ninguna chica guapa (aunque no sea fácil ver a gente guapa), y por ello decidimos ir a unas discotecas. El tipo del

hotel, un chico aparentemente listo, nos aconseja dos, pero en ambos casos no hay nadie dentro, y al final enviamos un par de mensajes de un Internet Café allá cerca, el único que funcionaría bien dentro de todos los que probamos en nuestra estancia mexicana (coste 120 pesetas cada hora). Esta vez usamos la tecnología para comunicarnos con nuestras familias ya que TelMex es carísima, llamar a Italia te sale 20\$ al minuto (unas 400 pesetas), y sólo usamos las cabinas para ponernos de acuerdo con las personas de las demás ciudades mexicanas (Mérida y Monterrey) para los pisos, al módico precio de casi 90 pesetas/minuto.

Sin concluir nada, volemos a nuestra habitación-horno tras comer "pollo con papas fritas", típico plato de nuestras vacaciones suramericanas, y tomar una clásica "agua purificada".

Es el 2 de agosto, vamos al Museo de la Cultura Maya y allá trabaja una chica que nos hace de guía y nos enseña muchas cosas sobre usos y costumbres de ese pueblo, sobre las castas en que estaban divididos, sobre el hecho de que cada malformación física estaba bien vista (quien tenía mutilaciones, por ejemplo, era el único que podía pasar de una casta a otra), sobre su calendario, sobre su árbol sagrado, la "seiba", que conectaba el inframundo, el mundo y el cielo respectivamente con las raíces, el tronco y las ramas; sobre los animales sagrados, como el Quetzal; sobre los varios tipos de construcción de las pirámides en Yucatán, Chiapas y Guatemala; y muchas cosas más.

La visita termina, sacamos una foto recuerdo, cogemos un taxi, subimos y preguntamos "el sentro, por favor", para escuchar de vuelta "pues, iya estamos en el sentro señor!". El mapa de nuestra guía estaba totalmente mal y por eso, para evitar parecer unos tontos, preguntamos por un banco, pero hay uno cada 20 metros y ial final bajamos de taxi tras recorrer no más de 150 metros de corsa! Saco el dinero del cajero después del clásico congelamiento inicial (en México, cada maldito luego cerrado tiene el aire acondicionado a por lo menos 10 grados menos que la temperatura ambiente, algo que los mexicanos encuentran muy "rico", pero en absoluto horrible para quien no está acostumbrados en repentinos y continuos saltos de temperatura), volvemos a nuestro calorcito del hotel, cogemos las maletas ("las valijas") y Giuva, al apagar el ventilador, pasa por el punto 1, ihaciéndolo girar a una velocidad espantosa! El único punto por que no pasé era el bueno, así que sufrimos calor para nada... ipero ya es demasiado tarde!

Nos vamos, y esta vez a Xpujil, con el camión de la empresa Sur. Parece un camión usado por los americanos en la segunda guerra mundial, todo cubierto por una capa de lamiera color gris, tal vez para esconder rayas, rascas, golpes... las ventanillas están todas quebradas, los asientos perdieron hace tiempo sus tornillos y se levantan y se vienen contigo, bueno, un asco. Pero me resbala, estamos de vacaciones, estamos en México, por Dios, y todo va bien, pues casi es más divertido, y sonriamos a la idea de que hay quienes no pueden hacer a menos de los viajes organizados y necesitan un hotel a cinco estrellas y unos camiones italianos también en el extranjero, y no saben gozar de las cabañas de Tulúm o estos camiones tan duros e incómodos!

Al grito "Cutre es bello", llegamos al borde entre Quintana Roo y el estado de Campeche, y hay un control militar; nos acordamos que los pasaportes están en la maleta. Los militares suben, con el mitra en mano, se nos acercan y nos preguntan

"De dónde son ustedes?"

"Italia"

"Pasaportes?"

"Mmm..abajo en la valija", y puntamos el dedo hacia el depósito de las maletas. Una breve pausa y la respuesta

"Bien."

Vamos, un control muy serio y detallado!

Seguimos, y 15 minutos después otra patrulla militar nos para, para más controles, pero esta vez todo va bien. Hay muchos problemas con los inmigrantes de Guatemala, por intercambio de droga y de emigración clandestina por causa de la guerra en este País tan cercano, y por eso hay muchos bloques, eso es lo que aprenderíamos luego.

Sobre las seis de la tarde estamos en Xpujil (que hay que leerlo como si fuese gallego), un sitio cutre en la selva que nos sirve como única base de apoyo para ver la biosfera de Kalakmul, la más grande del México, en el interior de la selva pluvial. Cogemos un taxi para ir a nuestro "Mirador Maya", y contratamos al chofer, Julio César, para poder ver las zonas que más nos interesan, ya que ningún medio público nos lleva allá.

Una vez más, encontramos las cabañas, en ese caso mucho más limpias y tranquilas (de todas maneras, también pagamos unas 2.200 pesetas cada uno).

En el hotel hay un restauaran, comemos unos tacos, un poco de "carne de res", típicas cervezas como las Corona, la Modelo Especial, o la Sol. Hay también una chica guapísima que nos atiende, intento tontear un poco con ella pero no sólo no me hace caso, sino que hasta me miente sobre su edad, y me dice que tiene 15 años cuando por cierto tiene por lo menos 23.

En Xpujil llueve, y cuando llueve falta la luz; bueno, para decir la verdad, no hay luz también con el sol, así que el ventilador no furrula y un par de veces tenemos que cenar a lumen de vela, Giuva y yo iqué romántico!

Los sitios que vamos a ver, o sea Hormiguero, Becán, Chicanná, Calakmul, Balamkú y las ruinas de Xpujil, son preciosos, inmergidos en cantidad increíble e irrepetible de verde, aunque bastante lejos de nuestra base, eso sí (algunos de ellos se hallan a unas tres horas de viaje en coche ("carro", que se "maneja" en vez de conducir, por supuesto, intentando "agarrar" bien las curvas) y que nos impone de levantarnos a las 6 de la mañana para llegar a tiempo.

El servicio de guías es muy bajo, a veces no hay ni dios, y a veces sólo hay niños. En uno de estos sitios, sin embargo, nos acompañó un señor con una torcha para alumbrarnos el camino en tres grutas que acababan de descubrir. En el interior no se ve nada, y hay muchos pipistrellos contra que chocamos; saboreamos de veras la misma sensación de quien, por primera vez, recorrió nuestros pasos, y hasta la gran cantidad de excrementos que encontramos en nuestra ruta revela un fascino especial.

Muy molestos son al contrario los mosquitos que pican como locos por causa de la humedad del terreno, pero por lo menos las frondas de los árboles que nos rodean nos reparan de la fuerza del sol.

Vemos unas iguanas, y para sacar una foto nos tomamos unas 20 picadas y Giuva hasta una cagada de pájaro en la mochila...

Las guías son simpáticas, todas, aunque, como ya comentaba antes, son unos niños de edad entre los 8 y los 12 y que de más o menos algo saben. Enrique sobre todo es muy informado, contesta a todas nuestras preguntas y se divierte a regalarnos collares hechos por flores que localmente se llaman "lengua de gato". Una niña, a la pregunta "¿Cuándo llegaron exactamente los españoles?" se lo piensa un poco y luego dice "mmmm... ¡después de Cristo!"

En Calakmul vemos unas pirámides preciosas, unas plazas enormes, el típico "Juego de la Pelota", un antecedente del baloncesto usado esta vez como rito propiciatorio para los dioses, ya que se sacrificaba el ganador quitándole la cabeza y, mientras andamos, escuchamos en la distancia un grito extraño, casi un susurro gutural y salvaje que da aun más la idea de aventura a nuestro paseo en los bosques.

La vuelta se acaba, hay que volver sobre nuestros pasos, pero cuanto más retrocedemos y más ese sonido gutural se acerca. No hay nadie, y no hay otras vías que recorrer para salir. El sonido es cada vez más fuerte, cada vez más espantoso, Giovanni y yo no decimos nada pero nos miramos fijamente en los ojos, caminamos muy atentos hasta que parece que este ser se encuentre a nuestro costado, que aparezca de repente, que nos encontraremos cara a cara con... ¿un oso? ¿Un tigre?

Por fin llegamos a una pequeña plaza, hay una pirámide, subimos y veo a una chiquita mexicana a quien pregunto el origen de este sonido. "Monos", dice, e indica un lugar allá al fondo en los árboles, punto que Giuva encuentra rápidamente y que yo tardo casi 5 minutos en encontrar... monos muy grandes, allá en los árboles, gritando y moviéndose alegremente; es como estar en un reportaje de Waku Waku, mientras dominamos la selva bajo el sol cociente que reasegura nuestras almas.

Volvemos a la cabaña, y nos quedamos sin palabras al ver que la puerta está totalmente abierta! Entramos sospechosos, intentado entender si aun tenemos nuestras maletas, y en efecto todo está, y bien. Comemos y, como siempre, llueve a lo grande (por eso la selva se llama "pluvial"). No hay nada que hacer, ya oscurece, la ciudad no ofrece nada más que una carretera y unos camiones que dan gas justamente a nuestra altura para pasar la pequeña colina, y aprovechamos el tiempo para escribir un par de postales y vamos a dormir. Sobre las 5 de la mañana, me despierto, por el frío; me duele la barriga, me voy al baño... y allá me quedo.

Pocos segundos después, Giovanni se despierta también, él también por el frío, él también con dolor de barriga. Yo me drogo de Dissenten(r), ya óptimamente usado en Perú, aunque ya sé que pronto tendré otras "descargas repentinas", así dice la posología.

Cerca de las 12 tenemos el camión por Campeche, pero descubrimos que está totalmente llena y que no hay sitio para nosotros. A nadie se le había pasado por la cabeza de reservar, así que tenemos que esperar un par de horas y aprovecho para ir al baño ya que mi indisposición llega a los máximos niveles. Justo en el momento tóxico, viene Giuva que de la puerta me grita "Mira que acaba de llegar otro camión que estaba en retardo, ¡aun estamos a tiempo pero date prisa!", así que casi salgo con los pantalones abajo y el papel higiénico en mano, pero a tiempo para subir al camión ADO hasta Escárcega, una pequeña ciudad a mitad del camino donde tenemos que pararnos para cambiar. El trayecto es de casi dos horas, ya estoy molido, y cuando llegamos casi no puedo levantarme por miedo a "descargar" todo en el asiento. Con un esfuerzo alcanzo los baños, mientras Giuva se encarga de pedir informaciones sobre el siguiente bus, pero falta el papel higiénico y sólo tengo unas servilletas de papel; sentarse en aquella taza hubiera podido ser mortal, así que tengo que ejercitarme en una "descarga acrobática". Vuelvo más relajado pero cansado, y veo que mi libro dice que encontrar un lugar en un camión procedente de Escárcega es muy complicado porque sólo es una parada de paso, en donde nadie baja ni sube, y de hecho el camión que viene está bastante lleno. Yo me pongo en la fila, Giuva cuida muy bien el chofer que acaba de entrar para poder tener sitios. Los perdemos por una persona, pero afortunadamente encontramos gente amable y, no sabemos como, pero como por magia los sitios de repente sí están y subimos. Llegaríamos en Campeche, ciudad de mar, de noche, sin que ya vuelva a tener problemas de estómago.

El primer hotel a que vamos está lleno pero por suerte tenemos otra opción, así como nos sugiere nuestro libro, el Hotel Campeche. El sitio es un desastre total, las paredes tienes miles de colores y de manchas, y a veces hay puntos negros por la mofa y poner los pies en el suelo parece muy poco recomendable mientras que el baño es una verdadera sauna.

El ventilador funciona poco, pese de que (esta vez) pruebe todos los numeritos, la puerta no se puede cerrar a llave y dormimos con mi maleta contra ella, Giuva al moverse no se da cuenta de un ángulo y se corta, así que tengo que intervenir con unos parches y un poco de desinfectante como si fuese un enfermero. La vista de la calle, sin embargo, es muy bonita las nubes rojas del ocaso la hacen una ciudad maravillosa y es por esa razón que los mayas hacían sacrificios en el nombre de los dioses el cielo rojo les hacía creer que los días eran bonitos cuando sus deidades se nutrían de sangre, ambo humano o animal, y por eso preparaban carne para inmolarla sobre unos altares de piedra, rodeados de pirámides.

De noche, damos una vuelta en la orilla del mar pero ese pueblo no ofrece prácticamente nada; pedimos informaciones sobre como divertirnos y lo único que nos dicen es una discoteca cerca de donde vivimos, así que decidimos ir allá al día siguiente. Mientras tanto, nos informamos de cómo ir a Edzná, y al final sacamos la dirección de una agencia que casi nadie parece conocer y que al día siguiente podemos encontrar (sólo tras previo contacto telefónico). Las calles son todos números, y por ello las casas se encuentran en la dirección "x 21 y 42", o

sea "Por 21 y 42", que quiere decir "En el cruce de la calle 21 y la 42". De allá, vamos otra vez a la plaza, enfrente de la catedral, donde encontramos Carlos, un chico majo y muy simpático que organiza tours y que también es guía de las zonas arqueológicas. Nadie se une a nosotros y así nos vamos, en una Chevy, la versión americana de la Opel Corsa, vemos las pirámides, de verdad preciosas, con el mítico edificio de los 5 pisos, fenomenal, y luego nos dirigimos a un fuerte donde se halla el museo de la ciudad. Muy bonitos, con repertos interesantes, aunque hay un niño que nos sigue de cuando empezamos la visita hasta cuando terminamos y que casi vuelve molesto nuestro andar.

Cuando volvemos a la base, Carlos nos propone ir con él a la discoteca, porque conoce a todo el mundo y entraríamos gratis y conoceríamos a chicas guapas; eso sólo si al día siguiente no tiene que levantarse temprano para llevar otros turistas a los sitios!

Vamos a ver la ciudad, que ofrece murallas monas, un tribunal futurístico (iparece un OVNI!) y un jardín botánico muy interesante, y quedamos para vernos en una pequeña plaza en donde organizan la noche de "Luz y Sonido", una representación de la historia de Campeche, de la invasión española, de los Mayas, con actores, luces, cañonadas a salve, arcos y flechas enfocadas. Muy sugestivo. Carlos viene, puntual como un reloj suizo, pero tan sólo para decirnos que al día siguiente sí tiene que levantarse a las 6 y que por eso no puede venir con nosotros, ya que no quiere sufrir un accidente de coche. Nos despedimos entonces, y vamos solos a la discoteca, con típicas músicas mexicanas como Paulina Rubio, que ya escuchamos en un taxi hace poco, o canciones como "Papi papi, papi chulo, cachonda sabrosa" que nos hacen reír y bailar, mientras esquivamos los poderosos culones de unas mexicanas muy fuera de talla y semi-invisibles por causa de su bajeza.

Es la mañana de domingo, el 5 de agosto, los planes están respetados. Compramos unas cintas de música, intentamos enrollarnos un poco sin éxito y vamos a la plaza para llamar a Olivia e Yaramy y decirles que llegaremos por la tarde. Allá se nos acerca un tipo que empieza a tempestearnos de preguntas para saber en que hotel alojamos, cuánto pagamos etc. ya que, así comenta, le gustaría meter un hotel por su propia cuenta allí. Nos parece un intento para hacernos perder tiempo e intentar tal vez robarnos el dinero y cortamos el asunto sin que él tenga muchas sospechas, y todo va bien. Tal vez de veras tan sólo quería unas informaciones, pero mejor no arriesgarse.

El camión nos espera, destinación Mérida. Llegamos a las 12.50, entramos en la sala de espera y atendemos que vengan nuestras amigas mexicanas.

Pasan unos 20 minutos y, a pesar de unos titubeos iniciales, cuando llegan las reconocemos de pronto, también porque apuntan directamente hacia nosotros, únicos turistas del momento armados de mochila italiana "Invicta" y megamaletas. Vamos a "nuestro" piso, perdido en la extrema periferia de la ciudad, a unos 45 minutos de bus del centro, pero no importa estamos en Mérida, no somos solos, ¡y tenemos un lugar para dormir! La casa es muy caliente, y apenas acabada y por ello dentro no hay ningún mueble a parte el baño. La cocina no funciona, sólo hay agua fría, una mesa de camping, cuatro

sillas y, para dormir, cuatro hamacas, ya que convencimos nuestras amigas a dormir en casa con nosotros y no con sus familias.

Por suerte hay también un ventilador, y la enchufe americana es divertida porque tiene un verso para insertarla, o nada funciona.

Las "parejas" se forman ya en el taxi yo con Yaramy (una bombona de chica impresionante, pesaría unos 100 kilos, pero con una cara bonita), Giuva con Olivia (cuerpo muy bonito ("lindo", diría) pero una cara no muy interesante digamos que un trasplante hubiera hecho una guapísima, y otra un asco humano, así que no nos quejamos). En realidad hay un poco de problemas iniciales ya que yo pienso que a mi lado en efecto hay Yaramy, mientras Giuva afirma el contrario, subrayándolo con "Capullo, ni sabes distinguirlas!"

En casa, se trata de distribuir los regalos (camisas, diccionarios, CD, ositos en peluche) y los ponemos en el centro para que cada una coja el suyo y revele al mundo su real identidad. Bueno, el capullo esta vez era Giuva, por una vez mis ojos vieron bien!

Vamos a comer fuera, a Eladio, donde cocinan unos tacos y unas tortillas increíbles (que son de harina de trigo y que no tienen nada que ver con las tortillas españolas), y cantan salsa y merengue. ¡Un lugar maravilloso! Estas dos chicas son muy generosas, tienen gusto y siempre intentan invitar y a veces tenemos que luchar con ellas, pararlas físicamente bloqueando brazos y cuerpos para poder pagar. Eso de todos modos hace las cosas muy divertidas y nos comportamos como si ya nos conociéramos, aunque sólo nos escribimos por ordenador (perdón, "computadora"). Por la tarde vemos el centro de la ciudad, la catedral (es increíble la religiosidad - a veces sólo de fachada - de los mexicanos el bus se acerca a la iglesia ¡y todo dios empieza a hacerse el signo de la cruz en simultánea!), y tenemos la suerte de escuchar por un minuto los mariachis que están terminando de cantar las típicas canciones mexicanas en la plaza. También hay manifestaciones locales, con los típicos trajes de Mérida, pero empieza a llover y todo el mundo se va, dejando la plaza un desierto.

Por la noche vamos a bailar salsa y merengue y nos divertimos muchos aunque Yaramy sea muy exigente en ese tema y critique mucho - y con razón - el autor de ese resumen cada treinta segundos, que ya no se acuerda mucho de todo el asunto y necesita un poco de tiempo para meterle caña.

Volvemos a casa, y en la cocina sale de la nada una botella de tequila, del lime y de la sal (estas dos cosas mangadas en el local de baile), nos sentamos y ya, tres chupitazos de tequilas para festejar el cumpleaños con un día de antelación. Al levantarnos, nos damos cuenta de tener un buen aguante y de hecho no sufrimos ningún problema.

Es hora de ir a planchar la oreja, y me quedo solo con Yaramy, ella apaga la luz y en el darnos las buenas noches empieza una serie impresionante de besos que al final desbordan en posiciones hard en el suelo de la cocina con movimiento desplazante hasta la puerta de la casa, donde esperamos que nadie nos oiga y donde quedamos hasta las 5 de la noche.

Al volver a mi hamaca, veo Giuva maldecir todo porque los moscos lo están comiendo vivo y no puede dormir, y me río a la idea de dormir en una hamaca,

nuestra cama en Mérida, ¡algo que llevaba unos 15 años sin hacer! De todos modos, la corta noche sigue tranquila, aunque de vez en cuando se me atasca un dedo del pie en las mallas del insólito luego de descanso, despertándome.

Al día siguiente, nuestras amigas tienen que trabajar (las dos son dependientes de Avis) y aprovechamos para ir a Uxmal, otro sitio arqueológico muy impresionante la casa del adivino, el palomar, el cuadrángulo de las monjas son cosas imperdibles.

De noche, vamos a Pancho, y Yaramy pide que la orquesta que toca en vivo le cante "No sé tú", de Luis Miguel por su cumpleaños, pero ni la consideran. A parte eso, el lugar es hermosísimo, y nos sirven un licor al café muuuuy alcohólico vertido de forma espectacular a través de 5 cálices puestos a forma de escalera uno por debajo del otro. El líquido, encendido por un mechero, se convierte en una cascada de fuego que termina su carrera en nuestros vasos, suscitando el aplauso general por parte de todos. Volvemos a casa un poco borrachos ("embriagos") y nos lanzamos a la cama, después de una dosis potente de Autan para sobrevivir durante la noche.

Ya es martes, nos espera el avión a Ciudad de México. Tenemos la mañana libre, nuestras amigas no tienen vacaciones porque su jefa no las deja ni cuando vamos allá para verles y esperar que con nuestra presencia las cosas cambien. Entonces aprovechamos y vamos a encontrar las demás dos chicas de ICQ, Sari y Miriam. A estas dos decimos que acabamos de llegar, que las maletas están en la estación de los buses, que estamos a punto de irnos al DF, y así las vemos de las 11 a las 15.

Antes de ir a ver Sari, pasamos por donde trabaja Miriam, que, muy amable, nos hace el check-in directamente en su agencia de viajes (en México, puedes reservar un asiento directamente de una agencia), para poder llegar un poco más tarde al aeropuerto con respecto a los tiempos normales previstos por Mexicana.

Todo parece perfecto, y tras comer, tomar unas fotos y mojarnos brevemente por un rápido chubasco, pensamos que ahora ya se marcharán, que volverán a su trabajo y que iremos al Avis para despedirnos de nuestras amigas. Pero Sari, muy lanzada, prefiere acompañarnos a la estación de los buses para que cojamos nuestras maletas (que por supuesto no están allá) y llama un taxi para organizarlo todo.

Momento de gran pánico entre Giuva y yo, y al final insistimos bastante para que Sari no pierda una tarde entera de trabajo. Ella no quiere cambiar idea, hasta que la convencimos con la excusa de ir a su sede de trabajo y ver donde trabaja y donde llegan mis e-mails. Una vez allá, por supuesto Sari se queda, nos despedimos y vamos a la oficina de Miriam, para luego ir rápidamente en taxi a Avis; nos despedimos de las demás dos y vamos al aeropuerto, justo a tiempo para nuestro vuelo de Mexicana de Aviación. Quien sabe lo que habrá pensado el chofer, ¡al vernos cambiar chicas tan fácilmente!

En el avión, nos sentamos en un asiento muy malo, pegados a la turbina y a la puerta de emergencia que parece no estar muy bien cerrada, ya que el asordante ruido del motor penetra en nuestros oídos por todo el viaje (unas dos horas).

México es enorme, una cantidad inmensa de casas, casas y casas, que no parece tener fin.

Allí nos recoge Brenda, la amiga de Giovanni, y su hermano, José Juan, y nos acompañan a su casa, en Kantunil, en la periferia de la ciudad y en las colinas. Recorremos por lo menos 20 kilómetros de ciudad, y tardamos ("demoramos") una hora y media antes de llegar. El cuadro inicial es fantástico nos acoge su madre, que está semiescondida por la puerta y que ninguno de los dos ni ve, ni saluda, y nos encontramos de cara con la tía, una viejita con unas gafas ("anteojos") espesas y que parece idéntica a una perfecta actriz de los culebrones mexicanos.

Allá también, distribución de los regalos (más bien, una producción Giuva), cenamos (en México no hay comida y cena sino "almuerzo" y "comida") y conocemos los demás componentes de la familia, entre ellos Monica, una chica italiana y mujer del hermano de Brenda que, en cuanto habla, automáticamente detesto por su manera de comportarse, tan agresiva y vulgar, como si siempre estuviese enfadada ("enojada", dicen los mejicanos) con el mundo entero.

La casa es rodeada de cristos, santos, vírgenes y nos sentimos protegidos por la fuerza del Señor que reina sobre nosotros. Subimos las escaleras que nos llevan a nuestra habitación y casi nos asustamos por la presencia improvisa de un hombre barbudo, allá en la esquina es un busto de Jesús, que nos cuida en proporciones casi naturales, con una oración allá cerca. También en la casa de Yaramy era así, pero de forma menos pesada; aquí encontramos niveles de religiosidad en serio muy elevados.

La cama que nos toca es una cama matrimonial con lienzos de dimensión mínima y con crucifijo rigurosamente colgado a la pared, así que la primera noche es una lucha entre Giuva y yo, pie contra pie y nalga contra nalga por causa del colchón convergente hacia el centro, para ver quien roba las sábanas por primero.

Vemos un montón de cosas de la ciudad, algo imposible sin la ayuda de gente que conoce perfectamente la ciudad y usa los medios particulares. Ciudad de México, o México, o D.F. (que es lo mismo) es inmensa, darle la vuelta sin conocerla es muy complicado si consideramos que el plano de la ciudad es de 300 páginas y que los mismos mexicanos tienen que consultarlo para desplazarse de un sitio a otro; pero parece una ciudad tranquila, pese de todo lo que se dice acerca de la capital más poblada del mundo. Visitamos el monumento a los niños héroes, los que defendieron la nación del ataque de EEUU en el 1800; el centro de la ciudad con el zócalo, la plaza en que levantan la bandera mexicana; la catedral; el museo mayor, lo que queda de un antiguo impero maya antes de la construcción de la ciudad moderna; el "Museo de la cultura maya", el más importante de toda la nación, en que los objetos que encuentran en las pirámides, como por ejemplo estupendas máscaras de jade, se conservan y se enseñan al público. ¡Qué pena que una parte estuviese cerrada a los visitantes! Luego vimos el museo nacional de historia, con la historia del nacimiento de la bandera, las luchas con Texas ("Tejas", lo llaman) y Francia, y las invasiones españolas; los mercados de artesanía; Teotihuacan, quizás el sitio más bonito en absoluto, con su altísima pirámide y ubicado en posición

dominante toda la llanura del estado de D.F., el Distrito Federal. Y qué pena, que esta armonía sea interrumpida por unos italianos que, a gritos, enseñan su clásico desdén por la cultura...

Volvemos a casa en bus, y, dentro, se acerca una señora que parece querer sentar entre yo y una chica a mi costado; sin embargo, sólo quiere controlar ("checar") mi mochila por motivos de seguridad, y entiendo la cosa sólo gracias a la ayuda de mi guapísima vecina de asiento. Intercambio unas palabras con ella, quien pero sólo contesta a monosílabos y que no me da la posibilidad de decirle casi nada.

Llamo también a Liliana, la chica de Monterrey que acababa de mudarse a la capital, para vernos por la noche e ir a un local, juntos a Brenda y a los demás. Parece todo hecho, pero nos quedamos en el lugar establecido durante por lo menos 40 minutos sin verle el pelo. Llamaría más tarde para decirnos que se perdió, pero la forma en que lo hace deja entender que se trata de una excusa y que simplemente nos dejó colgados. No lo tomamos muy bien pero empezamos a entender lo que Monica, aunque de forma tan dura, nos comenta sobre los mexicanos gente sin confianza, que deja colgada la gente, difidente con quienes no conoce.

Al día siguiente, nos fuimos a Xochimilco, un lago navegable por las clásicas embarcaciones mexicanas unos bateles en que hay una mesa muy larga con una veintena de sillas. Brenda y todos contrataron a unos mariachis para que nos cantaran unas canciones, y me dedicó "Yo quiero ser"; luego, cantaron las clásicas "Cielo rojo", "México lindo" y "La tequilera", muy divertida ("me bautizaron con un trago de tequila", dice la canción). Fue escalofriante por lo hermoso que estuvo ("estuvo fregón", dirían en México); estos cantantes tenían una voz muy poderosa y los vestidos muy mexicanos, como en las pelis, tan como poderosa fue la comida, unas tortillas cocinadas en un barco, sin duda muy limpio, y con alta probabilidad de tener como condimento agua de lago, muy poco purificada. No obstante, no nos pasó nada, ital vez todos estos santos nos ayudaron!

Ver Ciudad de México en ese modo fue una experiencia excepcional, y ¡qué pena que duró tan sólo tres días! Pero el avión para Monterrey nos esperaba, teníamos la dirección de un hotel y de la casa de Martha. Brenda y su hermano nos acompañan, pero el tráfico es horroroso y la carretera es larga. Nos perdemos, y vemos un accidente con puñetazos dos hombres bajan, y se golpean en el medio de la calle, como dos boxeadores improvisados en un ring delimitado por los coches y los carriles. No es la primera vez que vemos algo similar, ya al llegar vimos un tío tomar a patadas la puerta del coche anterior, culpable de haberlo justo tocado en un cruce. Gente caliente, ¡esos mexicanos!

Tenemos que estar en el aeropuerto una hora antes de que despegue el avión, y a más tardar unos treinta minutos antes; sin embargo, llegamos unos diez minutos... después pero afortunadamente encontramos sitios en el avión de las 19 sin ni tener que pagar algo más; así que tenemos el tiempo de tomar una última copa en compañía y de despedirnos con "toda la calma del mundo".

Llegamos a Monterrey, esta vez sin quedarnos sordos, sobre las 21, y busco un cajero para sacar el dinero ya que en el DF los tres a que voy me niegan el acceso, idiciéndome que mi cuenta de ahorros no existe! Por mala suerte, obtengo el mismo resultado, y pienso que mi tarjeta se estropeó. No tengo ni un duro, e depender de Giovanni es un riesgo ya que aun faltan muchos días y no tenemos todo ese margen monetario en una sola persona.

Tras todo lo que pasó con Patty, que últimamente ni escribe o saluda o desea buen viaje, decido no ir a su casa y no verla no obstante la opinión contraria de Giuva y llamo a Martha para saber como llegar a su casa. Con mi gran sorpresa, ella no está, aunque la hubiese advertida al día anterior, y su padre se cae de las nubes, no sabiendo nada ni de nosotros, ni de la casa, ni de la calle que buscamos. Intentamos durante una media horita, y al final logramos localizar Martha en su móvil nos dice que la casa ya está ocupada y que no sabe como hacer. Bueno, otro paquete firmado México. No tenemos el número del hotel, y a decir la verdad ni nos interesa tenerlo. Cogemos la agenda y con una cara de bronce y con un morro increíble llamo a Patty y me contesta su mamá. Le explico que estamos en Monterrey y vienen a recogernos en coche. No nos esperan, tampoco parecen muy felices de vernos, tan de repente, y Patty nos acoge muy nerviosa, casi no habla y juega con el cojín del sofá malgastándolo. El padre, que por trabajo cría gallos de combate - sus quiquiriquís nos tendrían despiertos durante toda la primera noche - no cuenta nada en aquella casa matriarcal y su madre, yendo adelante y atrás de manera rítmica en su silla y dominando la situación, empieza a hacer preguntas sobre nosotros para luego lanzarse en una filípica sobre Internet y su uso exagerado. Qué situación...

Al acabar la "charla", descubrimos que no hay sitio para nosotros. Al final, duermo literalmente en el suelo, usando el cojín del sofá como almohada y tres mantas como colchón, mientras Giuva se tumba en el mismo sofá, todo roto, incómodo y corto. Nos preguntamos si quedarnos o no, nos preguntamos si es mejor volver a Mérida o buscarnos un hotel, nos preguntamos si nos esperaban o si pensaban que los italianos, como los mexicanos, hablamos para luego dejar colgada la gente y que por eso no nos presentaríamos. Las dos estatuas de las Virgen y los cuatro Cristos que nos rodean casi nos sonríen tristemente, pero aguantamos y decidimos ir hasta el final en esa historia.

De todos modos, tras ves un poco la TV de pago americana "DirecTV" con tarjeta no oficial y haber podido al final sacar ese suspirado dinero, usamos de rebote el titubeo de la familia para poder ver todo lo que nos da la gana la Macroplaza, la Cola de Caballo, las Grutas de García, las cosas de que siempre Patty y Cynthia nos hablaban. Increíble, pero un poco mandamos en su casa, nosotros que parecíamos dos fantasmas aparecidos en el cielo y de repente hecho carne y huesos en una ciudad del norte de México.

Así decimos, así hacemos vemos el centro, vemos la cascada "Cola de Caballo"; vemos el planetario Alfa, muy mono porque enseña varios efectos ópticos; vamos a un antro, o sea un pub; vemos un par de museos; miramos lugares muy nórdicos, con montañas altas, rocosas, con puntas muy pronunciadas, como por ejemplo la zona de Huaztecas, y con temperaturas desérticas, 40 grados por

lo menos de día (con puntas de 50); una noche los padres de Patty y Cynthia, ya abiertos hacia nosotros, gracias a nuestra manera de hacer, diría casi conquistados por nosotros, nos llevan, sin que digamos nada, a ver la ciudad de noche desde una colina. Por la segunda vez después del peligro Sari, Giovanni y yo nos damos la mano para haber sabido resolver la situación y haber dejado una óptima idea a toda la familia allá donde, sobre todo al principio, había casi un rechazo. Fijados que al despedirnos no sólo nos dicen "gracias por haber dado un poco de movida a nuestra vida tan monótona", sino su mamá se conmueve y nos pregunta si volveremos pronto, mientras yo a la noche anterior recibo en los labios un dulce y tierno beso de Patty, que es una chica no sólo guapa, sino también simpática y divertida.

En aquella misma noche, también aclaramos las cosas con Patty. Tenemos la confirmación de que no nos esperaban, porque los mexicanos hablan y hablan y al final no hacen nada y creían que haríamos lo mismo; y hay otras razones personales entre Patty y yo que no voy a explicar y que pueden ser atenuantes pero no justificaciones, tras siete años de confianzas y amistad.

Ya es martes 15, el avión para Mérida nos espera. Por supuesto, como en los demás aviones, soportamos cambios repentinos de temperaturas increíbles calor, luego frío fuerte por el aire acondicionado, luego otra vez calor, luego fresco y todo afecta el estómago y la mezcla de sus gases, para así decirlo...

Nos vamos directamente al Avis para despedirnos de nuestras amigas; Olivia, para ir con nosotros en la Ruta Puuc, una carretera que pasa a través de las ruinas más importantes de Yucatán, se había inventado la excusa de que tenía que ir al médico para así poder pedir una día de permiso y nosotros, tocando en la ventana de su trabajo, le estropeamos su plano. Hay que decir que Yaramy hubiera tenido que avisarnos y pararnos antes de que eso pudiese pasar, pero ella no estaba, así que ya el daño está hecho! Olivia decide no ir al trabajo ya que un amigo del hermano de Yaramy es médico y le puede escribir un justificativo.

Vamos a rentar un coche, y nos pasa algo increíble ya que tenemos que usar nuestra tarjeta de crédito que no tengo, yo uso la tarjeta Siemens para tener un descuento del 30%; un colega de Yaramy, que pasaba de allá, pone su tarjeta de crédito; Yaramy escribe su dirección y Giuva entrega su carnet de conducir de que sacan el código equivocado (así que el contrato, teóricamente, ni vale). Bueno, un contrato a cuatro manos que nos hace perder un montón de tiempo y que de todos modos nos deja salir. Vamos a Chichen Itzá, encontramos un montón de italianos, un guía no muy bien preparado, un grupo de romanos o por ahí que nos molesta a todos ya que quiere que el guía hable despacio despacio y por eso las dos horas pasan rápidas y las informaciones mucho menos. Hace un calor insoportable, pero subimos a la pirámide, disfrutamos la vista y vamos a casa tras comer en un restaurante allá cerca.

En casa hace mucho calor y aumenta el número de los insectos que hay que echar. A un cierto punto, oigo la voz de Giovanni un poco alarmada me indica una cosa negra en el suelo, y veo que es una tarántula en carne y pelo. Estamos todos preocupados, Yaramy coge la iniciativa y se le acerca con una escoba pero

tiene miedo, entonces voy yo, no sé como, y con toda la cautela posible la alejo hasta fuera de la puerta, que Giuva me abre con rapidez. Otras intervenciones serán para ciempiés venenosos, o mántides religiosas.

Pasado el peligro, de noche damos una vuelta y vemos un restauaran italiano.

A la vista de las palabras "tortellini", "pasta", "lasagne" se nos abre el corazón y decidimos invitar las chicas en ese lugar, después de ver la película "Inteligencia Artificial" (menuda película del carajo!). La peli dura 2h30m así que se hace tardísimo, todo ya está cerrado y tenemos que volver a casa sin ni comer una rosca; para la noche siguiente es prevista una pasta en casa del hermano de Yaramy así que nada que hacer.

Al día siguiente, Olivia tiene que trabajar pero Yaramy, de vacaciones, nos acompaña y vamos a Sayil, Labná, Kabah, Loltún muy bonito, Giuva se mete 570 kilómetros de carreteras, topes (pequeñas colinas de asfalto puestas en todas las carreteras de los centros ciudadanos y muy poco visibles), y camiones de adelantar.

A la vuelta, los padres de Yaramy la pillan ya que descubren que ella no se quedó nunca en casa de su hermano, como les había dicho, sino con nosotros, y por ello la casa para cocinar la pasta ya es mejor no usarla. Entonces por fin vamos a ese bendito restaurante italiano y comemos muy bien, nos atienden de forma muy digna y ni nos gastamos un pastón.

Al día siguiente, escribimos las últimas postales, vamos a comprar las últimas cosas, nos despedimos de Yaramy y de Olivia y esperamos verlas en Italia el año que viene. Subimos al camión para Cancún, de donde sale el avión para Londres y donde puedo ver Shrek, muy divertido aunque no lo haya entendido perfectamente ya que estaba en inglés.

Por causa de la larga espera en Inglaterra, nos quedamos en Gatwick durante 8 horas y aprovechamos para dormir un poco y para usar las ultimas monedas y comprar algo para comer. Llegamos a Milán sobre las 22.15, a casa a las doce.

Qué decir de esta vacación? Compararla con Perú sería un error, aunque al principio lo hicimos. La gente está mucho más acostumbrada al turista, pero el turista que va a México casi solo va con viajes organizados, que no cuestan mucho aunque no puedas ver varias ciudades. Pero por ello, no hay agencias de viaje, no se puede tener descuentos, no hay la novedad del italiano turista en estas zonas. Muchas veces fuimos nosotros quienes teníamos que encontrar las informaciones, mientras en Perú siempre nos pasó lo contrario.

La gente se porta de forma distinta, es indiferente, o mejor dicho, desconfiada de quienes no conoce. Dice una cosa y no cumple, habla poco, se cierra frente al extranjero. Pero, una vez que haya confianza, el mexicano lo da todo casa, amistad, generosidad. Las personas que conocimos, sobre todo Yaramy e Olivia, nos dieron plena confianza; gente como Liliana o Martha, todo lo contrario; Patty se convirtió en el camino. México ofrece al turista mucho más que ver que Perú, pero es más caro e inflacionado. Ese viaje nos sirvió también para comprender que muy a menudo creemos que la gente se porta de una cierta forma porque siempre lo vimos hacer. Sin embargo, dudar de lo cierto es algo que tuvimos que

hacer en México. Ha sido, bajo ese punto de vista, una comparación muy interesante entre dos culturas que parecen similares y que tienen muchas diferencias.

Algún día espero poderos enviar un poco de fotos que escané. Pero el escáner está en Belluno, y yo en Milán... ¡A ver como lo hago yo!

Luca